

Formación de Catequistas.

Tendencias actuales y previsión de futuro

*ENCARNACIÓN PÉREZ LANDÁBURU**

La predicación infatigable de Jesús hizo que sus palabras desvelasen, a la gente que le escuchaba, los secretos del Reino de Dios. Muchos se preguntaban «¿Qué significa esto? ¡Una doctrina nueva y revestida de autoridad!» (Mc 1,27) «Jamás hombre alguno habló como éste» (Jn 7,46) Esta proclamación del Reino, Jesús la realiza, también, por medio de innumerables signos que provocan estupor en las muchedumbres y se sienten arrastrados hacia Él, quieren verlo, escucharlo y algunos se dejan transformar por Él. Así resume la *Evangelii Nuntiandi* la actividad evangelizadora-educativa de Jesús de Nazaret. (EN 12)

En continuidad con la acción evangelizadora de Jesús, la Iglesia desde sus orígenes tiene una misión muy concreta: «Evangelizar constituye, en efecto, la dicha y vocación de la Iglesia, su identidad más profunda. Ella existe para evangelizar, es decir, para predicar y enseñar...» (EN 14)

En los albores del nuevo milenio, todavía podemos dejar que resuenen en nuestro corazón aquellas preguntas de Pablo VI: «¿Qué eficacia tiene en nuestros días la energía escondida de la Buena Nueva, capaz de sacudir profundamente la conciencia del hombre?; ¿hasta dónde y cómo esta fuerza

*Profesor de Catequética en el Instituto Superior de CC. Religiosas y Catequéticas "San Pío X", Madrid.

evangélica puede transformar verdaderamente al hombre de hoy?; ¿con qué métodos hay que proclamar el evangelio para que su poder sea eficaz?» (EN 4)

En esta misión evangelizadora de la Iglesia, no dudamos del lugar prioritario que ocupa la catequesis. «La catequesis es uno de los momentos -¡y cuán señalado!- en el proceso total de la evangelización» (CT 18) Período de enseñanza y madurez «en el que se capacita básicamente a los cristianos, para entender, celebrar y vivir el evangelio del Reino...» (CC 34)

Dada su importancia en la Iglesia, una de las primeras preocupaciones de la Catequesis es sin duda la **formación de sus catequistas**, «cualquier actividad pastoral que no cuente para su realización con personas verdaderamente formadas y preparadas, pone en peligro su calidad. Los instrumentos de trabajo no pueden ser verdaderamente eficaces si no son utilizados por catequistas bien formados» (DGC 234) Consecuentemente y en buena medida, la catequesis se apoya en los educadores de la fe y su calidad y eficacia depende, en gran parte, de su formación.

1º ¿Qué formación tienen nuestros catequistas?

No contamos con estudios científicos globales sobre el nivel de formación de nuestros catequistas, sí existen datos parciales realizados en distintas regiones o diócesis españolas que ponen en evidencia unas constantes muy significativas respecto de la formación que se viene realizando en los últimos años en nuestro país, tanto a nivel antropológico, bíblico-teológico, eclesial, existencial, como pedagógico-didáctico.

No es nuestro cometido hacer un estudio para diagnosticar el nivel de formación de los catequistas, apenas mencionamos y subrayamos algunas de las constantes que aparecen con más fuerza, los deseos y aspiraciones expresadas por muchos catequistas de base:

- a) Se constatan los esfuerzos, importantes y significativos, realizados en los años posteriores al Concilio Vaticano II. Pero también empieza a detectarse un cierto cansancio, una pérdida de motivación, una atmósfera de desánimo que parece invadir muchos espacios eclesiales. La catequesis y la formación de los catequistas, se sienten afectadas por este virus que inmoviliza y esteriliza las capacidades creativas de muchos agentes de la catequesis.
- b) En general, es unánime el convencimiento de que la Iglesia española, hoy por hoy, todavía cuenta con catequistas poco formados, así lo reconocen muchos de ellos, estiman su formación como «regular» y piden con urgencia una mayor preparación.
- c) A la hora de expresar las condiciones que deben exigirse para desempeñar dignamente la tarea catequética, coinciden en afirmar la preocupación que todos tienen por lograr una identidad personal madura y una fe adulta. Sienten necesidad de dar testimonio de su fe con la vida; necesitan formación teológica, pedagógica; aprender técnicas y métodos actualizados, formación antropológica, conocimiento de los destinatarios de la catequesis, de su mundo afectivo y de las capacidades que permiten al ser humano aprender significativamente, de su entorno socio-cultural. Todo esto parece indicar que los catequistas sienten una necesidad de formación en la línea del **ser**, del **saber** y del **saber hacer**.
- d) Los medios y los ámbitos que normalmente utilizan para su formación suelen ser coincidentes. Para muchos, la única fuente de formación y actualización no es otra que el propio itinerario que utilizan en sus catequesis. Las reuniones de preparación les sirven de sustento y apoyo para continuar ejerciendo su tarea. Algunos han participado de breves cursillos de fin de semana y sólo una pequeña parte se ha formado en escuelas de catequistas, aunque todos reconocen que la formación para ser catequistas debería pasar por una escuela adecuada.

- e) En este breve repaso sobre los niveles de formación de nuestros catequistas y según las orientaciones ofrecidas por el Directorio de Catequesis: «Se trata, ante todo, de formar catequistas para las necesidades evangelizadoras de este momento histórico con sus valores, sus desafíos y sus sombras» (DGC 237), cabe preguntarse también ¿cuál es la formación catequética que reciben en España los aspirantes al sacramento del Orden? Aunque existan, en algunos lugares, centros teológicos, facultades y seminarios donde la formación catequética está contemplada en los programas de estudio, creemos que, en su inmensa mayoría, la formación catequética es insuficiente y no responde a lo que el Directorio General para la catequesis está pidiendo: «Se deberá cuidar al máximo la formación catequética de los presbíteros, tanto en los planes de estudio de los seminarios como en la formación permanente» (DGC 234).

Esta visión global, nos permite reflexionar y apuntar algunas orientaciones que puedan servir a la formación de los educadores que la Iglesia necesita, pensando en el nuevo milenio. No pretendemos desarrollar un plan de formación de catequistas, ni señalar los contenidos e instrumentos necesarios para su desarrollo. Sabemos que los procesos de formación son complejos y se diversifican según las distintas situaciones que viven las comunidades eclesiales hoy. Es cierto que las orientaciones y pautas que proponemos no podrán aplicarse al pie de la letra, pero nuestra intención es ofrecer un marco que nos permita situarnos, un horizonte que ayude a caminar en busca de los elementos necesarios que permitan organizar un proyecto formativo de calidad y de futuro.

2º. Criterios que enmarcan los procesos de formación

A la hora de emprender un camino, siempre nos preocupa el marco en el que nos situamos, las grandes motivaciones que nos empujan a caminar, las razones que nos hacen seguir este recorrido y no otro. Presentamos

algunos de los criterios que nos pueden ayudar a recorrer conscientemente el camino y las razones que podrían justificar un proyecto con rasgos y características propias.

a. La catequesis se integra en un proyecto de pastoral global.

«Aún conservando su carácter primordial en la Iglesia» (CT 15) la catequesis se integra vitalmente en el conjunto de la acción evangelizadora de la Iglesia. A través de su liturgia, vida de comunión y servicio, proclamación de la Palabra, la comunidad cristiana anuncia al mundo el Reino de Dios. De ahí la necesidad de vincular el proyecto de formación del catequista a la pastoral eclesial, dentro de su propio proyecto evangelizador.

b. La comunidad es el origen, el sujeto y la meta de la catequesis.

Esta afirmación acuñada en el Sínodo de 1974 permitió a la Iglesia una revisión importante de la catequesis, a partir de entonces se entendió que ella no es monopolio o acción exclusiva de individuos, sean clérigos o laicos. La catequesis es obra de toda la comunidad que potencia todos sus carismas en función del evangelio que debe anunciar y testimoniar. En esta perspectiva el proyecto de formación de catequistas es, ante todo, un esfuerzo que hace toda la comunidad, movilizándolo y potenciando todos los recursos necesarios para poder contar con educadores de calidad, por su ser y por su saber hacer.

c. La catequesis es una acción evangelizadora básica

Si la catequesis la entendemos como un «proceso formativo que permite conocer, celebrar, vivir y anunciar el evangelio dentro del propio horizonte cultural» (DGC 218), no puede reducirse a una acción única, según los rasgos tradicionales de la popular «catequesis de niños». La Iglesia necesita una catequesis eminentemente evangelizadora, plural, rica en matices y acciones. Para ello es necesario contar con catequistas que sepan iniciar a la fe en todas sus dimensiones, catequistas de adultos, de niños, de familias, catequistas animadores de procesos catecumenales, etc. Desde este punto de vista, la formación de los educadores de la fe debe saber respetar la

variedad y originalidad de la catequesis y preparar los distintos perfiles del catequista que la Iglesia necesita hoy.

d. La necesidad de formación viene dada por los diversos tipos de catequista

Existe una distinción vigente, en no pocas diócesis españolas, que estructura a los catequistas según su nivel de responsabilidad. Al servicio de la catequesis están catequistas animadores de la catequesis parroquial y del grupo de catequistas; catequistas a un nivel más amplio animadores de zona, vicaría o diócesis; catequistas de base en sus comunidades o parroquias. Indudablemente la formación de estos educadores tomará aspectos diferenciados según el sector donde ejerzan su tarea, o según los ciclos particulares donde presten su servicio evangelizador. (DGC 232)

Estos criterios, que enmarcan la formación del catequista, ponen en evidencia la imposibilidad de abarcar, en este estudio, los complejos y amplios procesos de formación. La experiencia nos va diciendo que capacitar a los catequistas para la tarea que deben desempeñar es algo más que cursillos esporádicos, convivencias de fines de semana, celebraciones puntuales. Se hace necesario emprender un camino, sin prisa pero sin pausa. Caminar supone trabajo de grupo, acompañamiento y progresión. Caminar implica también un itinerario, él dará las orientaciones precisas sobre el recorrido y el proceso a seguir.

3º. El camino de la formación

Emprender el camino de la formación nos lleva a pensar en el bagaje que vamos a ofrecer al catequista para que él mismo haga su propio recorrido y llegue felizmente a la meta. Evidentemente no hablamos de un Temario exhaustivo dirigido a futuros teólogos, ni de un proyecto para novicios que finalice incorporándose al grupo de expertos en catequesis. Nos gustaría proponer un bagaje equilibrado en sus contenidos y armónico en

sus métodos, para que, a lo largo del camino, no se acumule el cansancio, la monotonía o el aburrimiento, para que se vaya creando en el grupo, el hábito de la formación permanente, la actitud de búsqueda que es, en definitiva, la que nos permite caminar.

Organizar este bagaje formativo, esbozar un itinerario para el camino que el catequista deberá recorrer, exige perfilar la figura y la función del catequista.

¿Qué catequistas queremos formar? ¿qué capacidades humanas le permitirán emprender la misión que se le encomienda? ¿qué ofrecer y cómo dotarle para el ejercicio de su tarea?

Responder a estas preguntas plantea otras nuevas: ¿Qué función debe ejercer el catequista dentro de la misión evangelizadora de la Iglesia? Catequistas ¿de qué comunidad, para qué comunidad? No olvidemos que el modelo de Iglesia que se tenga determinará el camino que se quiere recorrer y cómo recorrerlo.

En este sano ejercicio de interrogarnos, todavía caben algunas preguntas más: ¿Para qué tarea concreta queremos capacitar a nuestros catequistas? ¿Hemos pensado que tal vez nuestras catequesis futuras deberán caracterizarse por su talante eminentemente educativo, humanizador, social y evangelizador?

4º. El equipaje del catequista

La señalización del camino y los mapas de ruta no serían suficientes, si no dotamos a nuestros catequistas de los elementos indispensables para cubrir el itinerario que va a recorrer. Necesariamente tendrán que hacerse con un bagaje humano, cristiano, catequético que sacie su sed y sea alimento para el camino. Los componentes más sencillos y abordables para este recorrido podrían estructurarse en torno a:

1. Su identidad como ser humano y seguidor de Jesús (el ser del catequista)

2. Su bagaje cultural y teológico (el **saber** del catequista)
3. Su profesionalidad pedagógica y operativa (el **saber hacer** del catequista)

Estos niveles no funcionan de forma aislada o yuxtapuesta dentro de un plan de formación. A la hora de programar deben entenderse de forma complementaria, íntimamente relacionados unos con otros, dentro de un único proceso educativo. ¿Cómo podríamos reducir la formación humana-espiritual de los catequistas a una serie de convivencias o retiros, independiente de la formación teológica, o limitar la formación pedagógica a algunas nociones metodológicas? Sería un grave error separar cada uno de estos niveles, los tres se estructuran de forma complementaria, los tres garantizan la formación adecuada que el catequista necesita, los tres debidamente articulados permiten una andadura equilibrada y armónica que puede afianzar el ser, el saber y el saber hacer del educador de la fe.

A. El «ser» del catequista

«La formación de los catequistas comprende varias dimensiones, la más profunda es sin duda el **ser** del catequista, su dimensión humana y cristiana. «La formación, en efecto, le ha de ayudar a madurar, ante todo, como persona, como creyente y como apóstol» (DGC 238). Nunca podrá entenderse el misterio de la Encarnación si en la formación se descuida el desarrollo de una personalidad abierta y madura, capaz de vivir una fe razonada y celebrada. Esto exigirá una acción educativa orientada hacia el espíritu, hacia el ser interior del educador, a su identidad como ser humano y cristiano. Esta dimensión no se puede dar por supuesta, ni es algo anterior a su formación, forma parte de su vida personal, es el talante que posibilita las opciones y empuja a la acción. Desde el punto de vista catequético, este ministerio implica una vocación, vivida desde la misión y ejercida de forma testimonial. Sólo la hondura interior del catequista posibilitará este servicio en la Iglesia.

A la hora de organizar el Itinerario de formación debemos preguntarnos cuáles son los rasgos que definen el ser del catequista, cómo ha de ser su humanidad-espiritualidad, qué grado de sensibilidad social debería tener para ejercer su misión. Desde estos interrogantes creemos que el catequistas debería tener estos distintivos:

- Es un **Creyente** que necesita formarse constantemente para fundamentar y consolidar su fe:

«Apoyado en una madurez humana inicial, el ejercicio de la catequesis...permitirá al catequista crecer en equilibrio afectivo, en sentido crítico, en unidad interior, en capacidad de relación y de diálogo, en espíritu constructivo y en trabajo de equipo» (DGC 239). Esto significa vivir una experiencia humana-cristiana que sepa encontrar razones para creer, tomar opciones y decidirse por la persona y la obra de Jesús de Nazaret; abrirse al Espíritu de Dios que siempre renueva todas las cosas; aprender a escuchar la Palabra de Dios que, cuando acogida en el corazón, permite integrar la fe y la vida. Animado por esta fe, el catequista desarrolla una actitud dinámica y abierta hacia nuevas etapas de maduración, aprende a discernir, desde criterios cristianos, las distintas situaciones conflictivas de la vida; ejerce el sentido crítico ante los acontecimientos históricos, sociales y culturales; busca el equilibrio afectivo en el mundo de las relaciones humanas.

La formación, por tanto, tiende a consolidar una identidad humano-cristiana apoyada en un proyecto personal de vida cristiana que dé coherencia y unidad a lo que se cree, se vive y se enseña. Todo esto exigirá contar con recursos apropiados para superar posturas integristas, miedos a los cambios, actitudes inmovilistas, divisiones entre vida y fe. No estaría mal recordar y revisar el recurso fácil que se suele dar en catequesis, de acudir a los adolescentes cuando urge dar respuestas prácticas a las necesidades de la catequesis. A primera vista puede solucionar un problema inmediato, pero no deberíamos olvidar que el catequista es un educador en sentido pleno y esto exige madurez humana y cristiana a la vez.

- Es un **Testigo de la fe de la Iglesia** que necesita de formación para consolidar su sentido eclesial: «Tácitamente o a grandes gritos, pero siempre con fuerza, se nos pregunta. ¿creéis verdaderamente lo que anunciáis? ¿Vivís lo que creéis? ¿Predicáis verdaderamente lo que vivís? Hoy más que nunca el testimonio de vida se ha convertido en una condición esencial con vistas a una eficacia real de la predicación» (EN 76) Estas palabras resuenan con fuerza cuando las aplicamos concretamente a la formación del catequista. Él no es un profesional que viene de fuera para impartir unos determinados conocimientos o doctrinas, es un testigo que ejerce su vocación en y dentro de la comunidad a la que pertenece y en la que vive su fe. Esta experiencia eclesial exige del catequista un conocimiento profundo de la misión de la Iglesia, la apuesta y vivencia por los valores del Reino, a través de los distintos ministerios: comunión, servicio, anuncio, celebración.

Para que la fe proclamada se haga creíble, el catequista necesita aprender a vivir en grupo, sabiendo que no es posible una vida de relación sin conflictos, sin situaciones en las que entran en choque distintas formas de entender la vida, el mundo, la religión, la iglesia, incluso al propio Dios. Será necesario potenciar aquellas capacidades humanas que permiten resolver tensiones y conflictos, superar la tentación de huida, o el peligro de querer eliminar las dificultades de la vida real, renunciar a posturas dogmáticas y autoritarias, incompatibles con la dimensión testimonial que se pretende educar.

- Es un **ser social, históricamente situado**, por eso necesita una formación que le capacite para ejercer su dimensión social en el momento histórico que le ha tocado vivir: «Las ciencias sociales proporcionan el conocimiento del contextos socio-cultural en que vive el hombre y que afecta decisivamente a su vida» (DGC 242).

En el tejido de la vida social, es imprescindible dotar al catequista de una especial sensibilidad socio-política. Deberá aprender a superar posturas de indiferencia, resignación o sublimación, que lleven a refugiarse en su propio

mundo y a despreocuparse de los graves problemas sociales que afectan a la humanidad. Habrá de promoverse una formación que garantice la educación de una conciencia responsable y solidaria, este es otro de los aspectos que no deberíamos olvidar a la hora de capacitar para lograr catequistas receptivos, abiertos a la historia de la gente, a sus problemas reales, testigos de que el evangelio es alternativa de vida para construir una sociedad más humana y justa. En calidad de testigo, el catequista debe ser capaz de vivir su fe en el momento presente, de forma integrada, sin dualismos o evasiones. Por eso, la formación debe permitir al catequista desarrollar sus capacidades sociales que le permitan construirse progresivamente en una persona de su tiempo, integrada críticamente en la familia, en el trabajo, en la sociedad, en la comunidad cristiana.

B. El «saber» del catequista

Se refiere a «lo que el catequista debe saber para desempeñar bien su tarea» (DGC 238).

Hablamos de los contenidos cognitivos, la cultura religiosa, la síntesis doctrinal que debe poseer el catequista al término de su formación. Suele ser uno de los aspectos en los que más invierte la Iglesia acaparando muchos esfuerzos y energías, sin embargo, conviene insistir en la importancia de no aislar esta dimensión de las otras dos ya mencionadas, de lo contrario caeríamos en el error de parcializar o mutilar el proceso formativo en cuestión. Es importante también subrayar el peligro de abordar esta dimensión de forma desarticulada, sin una seria y reflexiva planificación.

Podemos diseñar un marco teórico de contenidos catequéticos-teológicos que respeten los aspectos estructurales de la acción catequética. El catequista debe conocer e identificar: La naturaleza de la catequesis (Catequética fundamental); El mensaje cristiano (Contenidos teológico-bíblicos); El proyecto pastoral de su comunidad (en sentido amplio el proyecto de la diócesis, en sentido estricto el proyecto de su comunidad).

Cada uno de estos contenidos teóricos debería tener los siguientes aspectos:

- **La Catequética fundamental** tal como se viene estructurando desde el Vaticano II y teniendo en cuenta los documentos eclesiales que han ido apareciendo en los últimos años. Sería necesario un estudio sobre la naturaleza de la catequesis, sus objetivos, funciones y tareas. «Muy especialmente ha de descubrir el lugar preciso que ocupa la catequesis dentro de la acción evangelizadora, así como su carácter propio, sus leyes, su lenguaje y la inspiración catecumenal que debe animarla» (El catequista y su formación 108 -CEEC 1985)

- **Los contenidos del mensaje cristiano** y los lenguajes que expresan la experiencia religiosa-cristiana. «Es imprescindible una sólida formación bíblico-teológica, que proporcione un conocimiento vivo y sapiencial del mensaje cristiano como una formación en la experiencia cristiana que familiarice al catequista con las diferentes formas de oración, con la liturgia y con los valores evangélicos» (CF 109)

- Ocupan un lugar de excepción los **Contenidos bíblicos**, fuente y referencia de toda Catequesis. Su lenguaje narrativo-simbólico pone de manifiesto la experiencia fundacional cristiana. Para que la formación cumpla sus objetivos será necesario aprender los códigos y las claves de este lenguaje bíblico, sólo así llegaremos a superar la literalidad de la letra y acceder al sentido de la Palabra de Dios.
- La **Tradición eclesial** como manifestación histórica de la experiencia cristiana vivida y expresada en sus distintos lenguajes lo largo de los siglos, (moral, liturgia, historia de la Iglesia, etc.) Será la herramienta indispensable para entender el dinamismo y la actualización permanente de la fe en cada momento de la historia.
- Los **Contenidos sociales y culturales** forman parte del bagaje formativo como instrumentos necesarios que posibilitan la lectura creyente de

nuestro momento histórico, para poder aplicar los criterios evangélicos a las situaciones que la sociedad y la cultura nos plantean. «Hay que proporcionar al catequista las claves de lectura para valorar, con discernimiento cristiano, la cultura de nuestra época...» (CF 117)

- El **Proyecto pastoral** de la diócesis y de la comunidad cristiana a la que pertenecen los catequistas es otro de los aspectos a recordar. La catequesis no es una acción aislada, ella se integra en el proyecto evangelizador de la Iglesia y en los proyectos concretos de las comunidades. «La formación alimentará constantemente la conciencia apostólica del catequista, su sentido evangelizador. Por ello ha de conocer y vivir el proyecto de evangelización concreto de su Iglesia diocesana y el de su parroquia» (DGC 239)

Advertimos que estos contenidos no deben entenderse como una serie de conocimientos abstractos, puramente doctrinales o dogmáticos. Sería de desear no caer en los mismos errores del pasado que nos llevaron a acumular conocimientos poco significativos, difíciles de llevar a la vida. No se pretende «saber» muchas cosas sobre teología, eclesiología o liturgia, se pretende enseñar a relacionar las experiencias profundas que expresan estos contenidos y saber aplicarlas, como criterios de vida, a las situaciones concretas de hoy, intentando aunar la fe con la cultura y con la vida.

C. El saber-hacer del catequista

«Junto a las dimensiones que conciernen al ser y al saber, la formación de los catequistas ha de cultivar también la del saber hacer. El catequista es un educador que facilita la maduración de la fe...» (DGC 244) Esta dimensión complementa la vertiente espiritual e intelectual del catequista y completa su formación con la dimensión práctica de la catequesis. Nos referimos a la pedagogía que debe animar a todo educador, a las habilidades necesarias que deberá desarrollar para ejercer eficazmente la misión que se le ha confiado.

Desde la Pedagogía actual sabemos que existen ciertos aprendizajes indispensables para poder llegar a ejercer dignamente la tarea educativa. Una de las primeras exigencias, en el campo de la pedagogía, es sin lugar a dudas conocer a fondo el significado del concepto **educación** según la perspectiva ofrecida por las nuevas corrientes educativas; en segundo lugar, hay que aprender a **programar** y, evidentemente, es necesario saber **comunicar**.

- La Pedagogía entiende por **educación** algo más que transmitir una doctrina o enseñar unos determinados comportamientos. Es una acción centrada en el ser humano, para que éste potencie y desarrolle, a través de un proceso liberador y de maduración, todas sus capacidades y posibilidades.

En el corazón mismo de la catequesis sorprende encontrar esta forma de entender la educación, aunque nos encontramos también con una pedagogía específica, inspirada en la **pedagogía bíblica**. «Dios mismo, a lo largo de la historia... y principalmente en el evangelio, se sirvió de una pedagogía que debe seguir siendo el modelo de la pedagogía de la fe» (CT 58). Los rasgos de esta pedagogía no pueden ser indiferentes a la catequesis, se subraya el **carácter gratuito** y sorprendente de un Dios que toma la iniciativa a la hora de comunicarse con sus hijos; el **carácter histórico** de la Revelación que respeta los ritmos de cada persona; y el **lenguaje simbólico** que manifiesta a Dios y su acción en la historia a través de los signos.

Las nuevas corrientes educativas y el conocimiento de la Pedagogía bíblica implica opciones muy concretas que deberán estar presentes en los planes de formación: Conocer al educando en las distintas etapas evolutivas de su existencia y aprender a respetar su originalidad; desarrollar las actitudes que favorecen la relación para saber ponerse en el lugar del otro; activar procesos de aprendizaje, para que el educando aprenda significativamente y que lo aprendido le valga para la vida; utilizar el lenguaje de los signos para poder comunicar la experiencia de Dios al que sólo podemos acceder a través de mediaciones. Todo esto implica una formación adecuada que permita al catequista renunciar al culto de su propia personalidad y a cual-

quier método autoritario, para asumir un nuevo talante educativo, el de «mediador» que estimula la creatividad y libertad de sus educandos, convirtiéndolos en protagonistas de su propio proceso de madurez humana y cristiana.

- La capacidad de saber **planificar y programar**, organizar el camino que se quiere recorrer junto a otros, nunca individualmente, es otro de los principios básicos del «saber hacer».

«El catequista, particularmente el dedicado de modo más pleno a la catequesis, habrá de capacitarse para saber programar...la acción educativa, ponderando las circunstancias, elaborando un plan realista y, después de realizarlo, evaluándolo críticamente» (DGC, 245) Saber programar es una tarea compleja que exige aprendizaje, por eso debe estar presente en los procesos formativos de los catequistas, para dotarles de los elementos necesarios en el ejercicio de esta actividad educativa.

Dar las herramientas necesarias para que los catequistas aprendan a programar implica enseñarles a obtener la información necesaria para organizar los objetivos, los contenidos y el plan de acción.

- **La primera fuente** de información es, sin duda, el marco concreto donde se va aplicar el proyecto educativo, el **entorno socio-cultural**, las circunstancias y situaciones en las que se mueven los educandos. Esto significa conocer los problemas, los valores, las necesidades, las urgencias más evidentes del entorno, sólo así podrá darse alguna respuesta desde la planificación que pretendemos.

- **Otra fuente** inspiradora de todo proyecto educativo es el **análisis psicológico** de los educandos. Es una información necesaria e insustituible a la hora de elaborar el proyecto, dotar al catequista del conocimiento necesario sobre el desarrollo evolutivo humano en las distintas edades, las leyes que rigen el aprendizaje en esas edades, ofrecer un marco indispensable sobre los métodos de enseñanza.

- Los **conocimientos del mensaje** que se va a transmitir en relación con otros contenidos culturales constituyen **la tercera fuente** que ayudarán a establecer la secuencia de contenidos según las etapas evolutivas de los educandos.

Inspirados en estas fuentes, el catequista tendrá que aprender a dar forma al proyecto y esto sólo se consigue respondiendo a las siguientes cuestiones:

- qué queremos conseguir (objetivos);
- cómo enseñar (selección de métodos, técnicas y recursos);
- cuándo enseñar (organización y secuencia de las etapas del proyecto);
- qué, cómo y cuándo evaluar (evaluación parte integrante del proceso educativo).

El arte de la comunicación es otra dimensión importante del quehacer catequético, por eso la formación debe plantearse sus principios, sus exigencias y reglas. «La cima y el centro de la formación de catequistas es la aptitud y habilidad de comunicar el mensaje evangélico» (DGC, 235) Dada la complejidad que implica la comunicación, apenas hacemos referencia a los elementos básicos que deberían tenerse en cuenta en todo proceso formativo: el papel del receptor, la influencia de los medios de comunicación, la pluralidad de códigos lingüísticos que posibilitan la transmisión de mensajes.

La comunicación exige también conocer y saber utilizar los distintos lenguajes a través de los cuales es posible expresar el contenido que se quiere transmitir. En la práctica habitual de la catequesis se ha descuidado muchas veces, los lenguajes más apropiados para comunicar la fe, hemos abusado del lenguaje verbal y no se han potenciado suficientemente los lenguajes: narrativo, simbólico, audiovisual, musical, corporal, celebrativo. Desarrollar la capacidad comunicativa exigirá a los procesos de formación buscar formas apropiadas para que el catequista aprenda a comunicar las experiencias de la fe cristiana. Esto implica favorecer la comunicación de la fe entre los propios catequistas y aprender a expresar la experiencia cristiana en sus distintos lenguajes especialmente el bíblico, eclesial, existencial.

5° A modo de conclusión

Al finalizar esta reflexión en torno a la formación de los catequistas, podemos tener la sensación de que todo esto es tarea árdua y difícil, exigente y compleja. ¿Lograremos algún día formar catequistas que hayan incorporado a su bagaje humano todos estos elementos?

Indudablemente partimos de la base de que la Catequesis es en la iglesia un servicio importante para el que es necesario prepararse. En los albores del año 2000, la realidad social-cultural-religiosa nos plantea desafíos importantes en los que no cabe apenas la buena voluntad.

En línea de continuidad asumimos la visión del catequista y los cinco rasgos que le identifican, tal como fueron propuestos en Síntese, nº 116, «El catequista: su identidad y su proceso de formación» (1997): El catequista persona de comunidad, de la Buena Noticia, compañero de camino, narrador-animador, percibe lo simbólico y lo significativo. Este es el catequista que esperamos y soñamos para el nuevo milenio.

Nuestra intención ha sido plantear un horizonte que ayude a recorrer el largo y complejo camino de la formación del catequista, convencidos de que la realidad catequética de la Iglesia actual demanda con fuerza una revisión seria de los proyectos de formación. Necesitamos y queremos un catequista que viva su fe en comunidad; que esté capacitado para proclamar la Buena Noticia del evangelio; consciente de la realidad que le rodea, se hace para los demás compañero de camino; con capacidad de escucha y de diálogo, sabe animar los grupos y narrar las maravillas de Dios; capaz de adentrarse en el Misterio, para descubrir el significado último y la fuente de todo sentido que es Dios.

Caminar en estas coordenadas no es tarea fácil, el camino es largo, existen tramos difíciles de recorrer, pero estamos seguros de que si llevamos el bagaje adecuado, llegaremos al final de su recorrido, habrá merecido la

pena y podremos presentar a nuestras comunidades una catequesis marcada por su talante educativo, sugerente, creativo, liberador. Una catequesis «... que lleva consigo un mensaje explícito, adaptado a las diversas situaciones y constantemente actualizado» (EN 29).